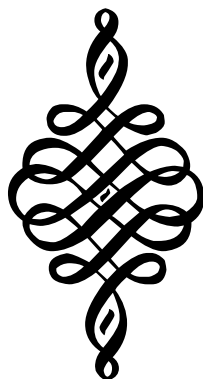


GOTAS



PUNTOROJO
libros

Gotas

Iratxe Giménez Hermosa

Editado y producido por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16722-27-3

Maquetación y diseño:
© 2016 Iratxe Giménez Hermosa
© 2016 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

IRATXE GIMÉNEZ HERMOSA

GOTAS

A Marta.

ÍNDICE

Prólogo	11
---------------	----

~ Gotas ~

Fuego	13
Historias de una guitarra	20
Olvidos	37
Crisis en los cimientos	53
La buena de Aurelia	60
EUGENIA de ahora	81
El reloj de don Toribio	88
Libros tóxicos	117
Granada	125
El fado alegre	135
Rosas grises	158
La kumari	186

~ Gotas Extrañas ~

En el camino.....	199
Qué será, será.....	207
¡Vete ya!.....	219
Dos rosas rojas.....	235
El muñón asesino	242

~ Gotitas ~

TRES en dos destinos	247
Lolo no está solo	255

PRÓLOGO

Llevo los últimos años de mi vida dedicándome a hacer cosas “prácticas”: estudiar, opositar, trabajar, opositar... y durante todo este tiempo e incluso desde antes ha habido tres cosas que siempre han estado en mi interior y que nunca me han abandonado: mi afición a la escritura, mi sensibilidad extrema, y, como dicen mis allegados, el tener ideas raras en la cabeza.

Estas tres características de mi persona las he ido vertiendo en distintos relatos. Estos nacían de una vivencia, de una idea, de una chispa en la rutina... y estas tres sombras de mi personalidad hacían el resto.

El resultado es *Gotas*. Un libro con relatos que nada tienen que ver. Escritos en distintos años, en distintos momentos anímicos y vitales... pero que tenían ganas de salir.

La primera parte, *Gotas*, lo forman cuentos de distinta temática. Los hay históricos y los que son puro odio o ternura. Con *Gotas Extrañas* quería hacer un humilde homenaje al género que más me gusta, el de terror y fantasía. Y en *Gotitas*, bloque final del libro, hacemos un hueco a los lectores más pequeños.

Me ha costado mucho decidirme a dar el paso de la publicación. Si este libro ha llegado hasta tus manos, espero que te guste y que lo disfrutes tanto como lo he hecho yo escribiéndolo. Gracias.

Iratxe Giménez Hermosa
Eibar, febrero del 2016

FUEGO

Todo empezó aquella Semana Santa en la que hizo tanto calor. Allí estaba yo, vestido de nazareno. Por aquel entonces tendría unos ocho años, no más. Odiaba quedarme las vacaciones en el pueblo. “Que este es el mejor sitio del mundo, que los extranjeros se mueren por venir aquí”, decía mi madre. Pero a mí me daba igual. Odiaba quedarme porque tenía que salir con la cofradía a la que pertenecía mi padre.

El capirote me venía un poco grande, y siempre me tenía que estar agarrando la tela para que no se me cayera en medio de la procesión. Parecía que este iba a ser un año más, conmigo de mal humor llevando algún pequeño incensario... pero esta vez fue distinto.

“Pero qué grande está tu Manuel”, fueron las palabras exactas del cofrade mayor, “este *pisha* ya está como para llevar el cirio”. Dicho y hecho. Antes de salir me pusieron en las manos unos guantes que me quedaban grandes y acto seguido un cirio que mediría lo menos un metro.

“Pero ¿lo voy a llevar encendido?”, fue lo único que acerté a decir en mi estupefacción. ¡Es guay!, pensé... y lo he seguido pensando hasta ahora. Fue el momento más emocionante de mi vida. Ese olor a vela se me metió hasta dentro. Como un gran amor. Yo, con solo ocho años, poseedor del fuego. Además, como el cofrade no tenía bolsillos, me dejó el mechero a mí. Y después de la procesión me lo regaló. Ese mechero que he conservado hasta hoy. Me hizo poseedor de un gran poder. Y no tardé en comprobarlo, claro.

Llevábamos más de dos horas de procesión. Hicimos una pequeña parada. Y allí estaba ella, de la mano de su madre. Con su cara pecosa. Con su cuerpo que era todo dos largas piernas y una sonrisa de dientes torcidos. Con su insultante lengua burlándome con la excusa de estar lamiendo un helado. Tendría aproximadamente mi edad... la odié al primer golpe de vista.

Tuve suerte. En la parada me tocó a su lado. Mientras sus padres miraban a la Dolorosa ella no hacía más que sacarme la lengua con sorna. Tenía un perrito. De estos que llevan coleta y van al final de una correa rosa. Miré a sus padres. Parecían alemanes. O al menos eso era lo que pensaba yo cada vez que veía a turistas altos y rubios.

Primero fue una pequeña gota de cera. Le cayó en el lomo. El perrito emitió un lastimero aullido pero nadie se dio cuenta de que había sido yo el causante. La niña jirafa se asustó. ¿Qué le había pasado a su perrito? ¿Por qué lloraba? Empezó a acariciarle y vio que la mano se le quedaba pegada cuando la pasaba por su lomo. Entonces me miró. Entonces se dio cuenta de todo.

Yo sonreí ampliamente. Pero para ella fue como si sonriera para mis adentros, ya que estaba dentro de mi capirote. Empezó a tirar de la mano de su madre. Pero esta estaba tan embelesada con la Virgen, que no hizo caso de sus aspavientos. Era la mía. Ya se había formado otro pequeño charco de cera en el cirio. Esta vez le caería en la cabeza.

Eran tan pequeñas las dimensiones de la testa del can, que le hice un solideo de cera en plena coronilla. Toma ya. Los pobres no paraban de chillar. Hablo en plural, porque a la alemana le dio un ataque de nervios. No se le ocurrió otra cosa para aliviar al perro que bajarle la temperatura con el helado... vaya

cuadro... y vaya cristo se montó. El perrucho se escapó corriendo y acabó entre los pies de los costaleros. Imagínate estos. Sobre todo los que iban descalzos. Sentir algo pringoso y peludo entre los pies, encima mientras te muerde... estos también se pusieron de los nervios.

En mis ocho años de vida nunca había visto bailar a la Virgen así. En mis ocho años de vida nunca había visto a la Virgen despeñarse desde un paso. Qué revuelo. Qué escándalo. Las beatas, horrorizadas, y los jóvenes botelleros muertos de la risa... y todo eso lo hice yo solito. Sin ayuda. Mi primera gran obra. Sí, ya sé. La Virgen y el Cristo se han caído en más de una ocasión. Parece que no tiene mérito. Pero hay que hacerlo con solo ocho años, ¿eh?

Los años más felices de mi vida los pasé en el restaurante andaluz. Estando de pinche de cocina. Con la única labor de hacer pescaíto frito y después limpiarlo todo. Y no es por dárme las de entender, pero mi pescaíto frito era el más famoso de todo el pueblo. “¿Cómo consigues ese sabor? Porque, utilizas el aceite de la cooperativa, ¿no?”, me solían preguntar, pero yo no soltaba prenda. No estaba dispuesto a dar mi receta secreta, porque, ¿cómo iba a desvelar todos los tesoros que me encontraba en el limpieza del local? De vez en cuando un pajarillo que se había desplomado en el patio, otras veces un ratoncito que había caído en la trampa... y me encantaba ver cómo se quemaban... Había hecho con mis propias manos una pequeña parrilla exclusiva para pequeños animalillos. Y verlos ahí, retorciéndose del dolor... y cuando ya estaban moribundos, meterlos en el aceite de frituras era un placer supremo, el nirvana de todo buen pirómano.

Pero el sueño se acabó. Una envidiosa denuncia por insalubridad hizo que se cerrara el chiringuito... y eso que nunca me pillaron en plena faena.

Hasta que encontré un nuevo trabajo me fui distraendo con pequeños incendios en la sierra. Pero yo no soy como esos aficionados que se acercan al monte en pleno verano a quemar un secarral. A mí me gustaba ir en primavera. Cuando todavía costaba, para que me supusiera un esfuerzo. Así, incendio a incendio, me fui profesionalizando.

Pero no dejé las procesiones, no. En ellas seguí haciendo de las mías. Además, una vez de adulto, a nadie se le ocurría que el causante de tanto pequeño incidente pudiera ser yo. Y al acabar una de estas encontré mi nueva pasión: la peluquería. Le había quemado la punta del capirote a uno de los niños, y una vez se lo hubo quitado, observé su pelo mustio. Ese olor a pelo quemado, esa sensación... tan parecida a la que tuve con la cera mi primera vez. Ahí tenía mi destino. Además de pirómano tenía que ser peluquero.

A mi padre no le hizo mucha gracia. Todavía no se ha deshecho de esa mentalidad de pueblo que siempre ha arrastrado. Cuando le dije que mejor sería barbero ya cambió de opinión. Tampoco estaba mintiendo del todo. Seguro que algún hombre ya pasaría por la peluquería para que le arregláramos las patillas.

Después de dos años de estudio empecé a trabajar en la peluquería más chic del pueblo. Venían todas las tías buenas de la zona y las señoronas de la alta sociedad. Y fue aquí cuando la

conocí y me enamoré de ella. No, mejor,... me enamoré de su pelo.

La primera vez que la vi entrar llevaba ese traje de chaqueta arrebolada que tan bien le sienta y tan a juego iba con su pelo color fuego. Fuego. Me dispuse a atenderla pero mi jefa se me adelantó prestamente. “Esta es mía”, me dijo al oído. Después me explicó que era una de sus mejores clientas, y que, como era normal, quería dejarla contenta. “Con el tiempo, cuando tengas más experiencia, ya te la dejaré”, me dijo después de despedirla.

Estas palabras fueron mi mayor motivación para crecer como peluquero. Tenía que ser el mejor. Ese pelo tenía que caer en mis manos. Tenía que sentir el placer del fuego entre mis dedos. Hice muchos experimentos con el mismo tinte que se daba ella, pero no había manera de conseguir su misma tonalidad. No valían imitaciones. La necesitaba a ella. Su cabeza. Su pelo. Solo a ella.

En pocos meses me convertí en el mejor. No tenía la experiencia de mi jefa, no, pero tenía un arma aún más poderosa: mi sed de tenerla entre mis manos. La primera vez que me la dejaron fue sublime. “Qué chico más majo me ha tocado”, dijo ella simpáticamente. ¿Déjamelos bien, eh?, dijo mientras se señalaba el pelo. Yo no pude hacer otra cosa que asentir y disfrutar. Me la pasaron con la cabeza mojada y comencé a peinarla. Tenía el fuego entre mis manos y no me quemaba. Era una maravilla. Un placer exquisito. Parecía mentira que con esa edad tuviera todavía un cabello tan poderoso. Era el poder que le daba el fuego.

Quedó tan contenta que pasé a ser su peluquero oficial. Mi jefa me la dejaba viendo que ella quedaba encantada. Pero con el tiempo algo empezó a ir mal. Yo al principio no me daba

cuenta. Comencé a oír reproches: que pasaba demasiado tiempo arreglándole el pelo. ¿Quién lo decía? ¿Que alguna vez no había podido reprimir mis impulsos de olerle el cabello y me habían llamado la atención? Tampoco me parecía que fuera para tanto. Pero aun así me tendría que andar con cuidado.

Aquella mañana que vino se notaba que había pasado una mala noche. Traía ojeras y su pelo había perdido parte de su brillo. ¿Qué le había pasado? ¿Qué mayor desgracia podría ocurrir? El suelo se resquebrajó bajo mis pies. ¿Y qué sería lo que me inspirara aquel día? El no ver el fuego de su pelo fue una premonición.

Palpé mi bolsillo. Ahí estaba. Mi mechero de la suerte. El mismo de la procesión. No estaba tan mal entonces. Me puse manos a la obra. Le dije a mi clienta favorita que se sentara en la silla, que ya le arreglaría yo el pelo. Mi jefa me guiñó un ojo. “Hazlo bien”, me quiso decir con el gesto.

Y juro que me esforcé. Le pasé el secador, le di cera después de cerciorarme de que se le había aplicado el acondicionador adecuadamente... pero no había manera. No sé qué le había pasado a su pelo. No fue posible recuperar el color y la forma fuego de siempre.

Entonces no sé lo que me pasó. Solo recuerdo que por un momento no escuchaba nada y solamente me vi en el espejo dándole cuidadosamente fuego al pelo de mi querida señora. De repente, todo el ruido acumulado antes vino a mis oídos a la vez. Y una palabra que se repetía: loco, loco... está loco...

La susodicha señora—fuego resulta que es concejala de transportes. Parece que era el único de la peluquería que no lo

sabía. Eso quiere decir que tiene mucho poder y que va a hacer todo lo posible para que me quede un tiempo largo en el calabozo.

Aquí, a oscuras, sin color de fuego, sin luz de fuego, sin su ardor... ¿qué futuro me espera? Bueno, todavía no me han quitado el mechero. Algo se podrá hacer...

HISTORIAS DE UNA GUITARRA

Nunca pensé que la guitarra iba a tener tanto éxito. A la hora de montar un albergue internacional y juvenil, yo creía que lo más importante era que tuviera unas salas comunes bien equipadas y una comodidad mínima en las habitaciones. No pensé que una guitarra en el salón sería tan utilizada por los huéspedes.

Tampoco creo que la diseñadora hubiera previsto tanto éxito. Me sorprende ver a personas de cualquier nacionalidad tocándola. Da igual que sean buenos músicos o no. Simplemente la cogen, interpretan unos acordes, y se ensimisman en sus pensamientos. Como esa mujer que acaba de tomarla en sus manos y está deslizando sus dedos por cada una de las cuerdas...

(Mi amiga)

Mirando por la ventana del albergue, veía las tiendas de campaña bajo la lluvia. Ahí estaban ellos, tan mojados, tan barbudos y tan guapos. Nosotras nos habíamos hospedado en habitaciones compartidas, aunque si los hubiese visto antes hubiera elegido echarme a dormir sobre la hierba de la zona de camping. El primero que me llamó la atención fue Pedro. En seguida vi que era el líder del grupo. Mandaba a unos pelar patatas, a otros poner los platos... y se veía que sabía lo que hacía.

Todavía me estremezco al recordar el momento en el que se acercó a la cocina del albergue. Allí estábamos nosotras, ha-

ciendo una triste cazuela de pasta con tomate. Me encantó la seguridad con la que entró. Miró en las cestas de *free food* y al ver que no encontraba lo que buscaba nos miró a los ojos y nos dijo:

—¿Tenéis orégano?

—No —me apresuré a decir yo. Pero para entonces ya se me había adelantado la petulante María con un pequeño frasco en las manos.

—Nosotras no tenemos, pero lo hemos cogido del *free food* —dijo mientras le pasaba el botecito.

María se adelantó en gestos. Pero yo me adelanté en palabras. Fui yo la que inició la conversación con Pedro. Me encantó esa barba de pocos días y su sonrisa cómplice de españoles viajando por el mundo. Fui yo quien propuso hacer el resto del viaje juntos. Ellos y nosotras. Nosotras y ellos. Me imaginé recorriendo Islandia en coche antes de que lo viviéramos. Adelanté fogatas nocturnas y abrazos escondidos... y así pasó.

No me costó mucho convencerlos para la unidad en el viaje. El alquiler del autocar nos saldría más barato, y para qué nos vamos a engañar, a estas alturas ya habían aparecido pequeñas tiranteces entre las tres que era mejor suavizar con nuevas presencias.

Pedro y yo siempre íbamos en los asientos delanteros. Él era el único de sus tres amigos que tenía el carné de conducir y a mí simplemente me apetecía ir delante. ¿Quién me lo iba a impedir? ¿Acaso las mosquitas muertas de mis amigas? No se atrevían a decirme nada, por supuesto.

Me gustaba mirar sus velludos brazos al volante. Esa atención con la que observaba el espejo retrovisor, siempre ojo avizor a todos los posibles frentes... y su olor. Había pasado de tener ese olor de cuerpo limpio pero ropa sobada a oler a rosas el resto del viaje.

Nunca olvidaré el día en el que me dijo que le tenía que hacer un favor. Llevábamos una semana de viaje y todavía no me había besado. ¿Qué sería?, ¿qué le besara rápidamente en los labios?, ¿qué durmiera abrazada a él hasta el amanecer? Claro que se lo haría. El que me pidiera y muchos más.

—Me gusta María y quiero pedirle que salga conmigo —me espetó—. ¿Me ayudarías?

El mundo entero se rompió bajo mis pies. Por fin entendí la famosa separación de placas tectónicas que se observa en Islandia. Se habían abierto bajo mi ser. ¿Qué podía ver en esa cuatro ojos? No era más que una empollona sin ninguna personalidad. ¿Que de vez en cuando soltaba algún chiste fácil? Pedro lo llamaba agudeza. ¿Qué de tanto en cuanto daba con la solución a los pequeños problemas que nos surgían? Eso lo hacíamos todos. ¿Qué era la que más controlaba de inglés? Ya podía haber pasado menos tiempo en las academias y más en las peluquerías. ¿Que era una persona sin ninguna personalidad? Para Pedro eso era una encantadora timidez... ¡Ja! ¿Y dónde me dejaba a mí, a la que tanto se había trabajado su atención durante todo el viaje?

Me quedé muda. ¿Y qué le iba a decir yo ahora? ¿Que no quería ayudarle porque estaba enamorada de él? No podía hacer un ridículo así. Todavía nos quedaban diez días de viaje. Ya se me ocurriría algo.

Y vaya si se me ocurrió. Fue el día de la visita guiada al glaciar. Era un recorrido fácil. Los seis del coche iríamos con un guía hasta un mirador natural y volveríamos antes del anochecer.

Las chicas nos estábamos quedando un poco rezagadas. Yo aproveché para hablar con María.

—María, creo que le gustas a Pedro.

—¿Lo dices en serio? Te voy a decir la verdad. Me he fijado que me mira mucho por el retrovisor. Todas las veces que le he propuesto conducir yo, no me ha dejado. Dice que aunque nosotros dos seamos los únicos que tenemos carné no tengo por qué conducir, que él lo hace de mil amores. Me ha dado la sensación de que siente algo pero no me he atrevido a permitirme este pensamiento. Ya sabes que yo no he sido nunca de ligar mucho, estas cosas se me dan muy mal... y no me he querido emocionar.

—Entonces, ¿a ti también te gusta?

—Sí, la verdad es que es muy atractivo. Me gusta mucho.

Esta reacción fue la que me acabó de matar. María hasta ahora solo había pensado en su máster y en su futuro profesional. Nunca había pensado seriamente en amores. Y ahora, cuando había una persona que a mí me gustaba de verdad, llegaba ella y lo mandaba todo a la mierda.

Seguimos andando sobre el glaciar. Para colmo el guía nos había obligado a ponernos unos estúpidos arneses que me unía a mi "amiga" mediante una cuerda. Llegamos a nuestro destino. El balcón de Milás. María se había quitado el arnés. Ya tenía otra vez sus recurrentes ganas de ir al baño. Se alejó un poco del grupo. Después volvió. Allí estaba, atándose el mono con sus

manos casi congeladas, mirándose la bragueta para cerciorarse que estaba bien cerrada.

No sé por qué lo hice. Tuve la misma sensación que de niña tantas veces había padecido. Era como si volviera a ver a esas mantis religiosas en mi terraza. No me habían hecho nada. Ni siquiera me resultaban tan repugnantes como otros insectos, pero tenía que matarlas. Mi infantil imaginación no soportaba tamaña belleza, tanta diferencia...

No sé por qué pero la empujé hacia la fisura. Después argumenté que intentaba impulsarla hacia su amado Pedro, que no era más que una broma de una post-adolescente... y lo peor es que me creyeron.

En la caída María se destrozó la cara y se partió la pierna por seis sitios diferentes. El rostro se lo pudieron reconstruir, pero hoy en día, cada vez que la miro, su párpado ligeramente caído me recuerda que tengo una culpa. Lleva consigo una pequeña cojera que pasaría desapercibida si no fuera porque ella la acentúa más poniendo toda su pena sobre la pierna malherida.

Y es cuando a mí me entra el cargo de conciencia. Porque yo entonces no me daba cuenta, pero hoy, diez años después de lo ocurrido, miro hacia atrás y veo que quizás le he destrozado la vida. Porque miné el poco atisbo de autoestima que le podía haber dado el amor de Pedro.

El amor de Pedro, si es que hubiera funcionado. Pedro y sus amigos se portaron muy bien mientras estuvimos en Islandia. Pero una vez acabado el viaje y habiendo retornado cada uno a su casa, no volvimos a saber más de él. Ni siquiera María. Es más, la hermana pequeña de Luisa, cuando se fue a estudiar a Madrid, llegó a conocer a Pedro, y dijo que tenía novia desde

hacía más de cinco años. Eso quiere decir que cuando vino a Islandia ya tenía chica, el muy sinvergüenza.

Hoy, he vuelto a este albergue con mi actual marido. Hemos venido a Islandia a ver ballenas. Y mientras toco la guitarra, me acuerdo de la sonrisa de María mientras le daba el bote de orégano a Pedro.

(Buscaujeros no busca)

La noche de Halloween del 2007 la recuerdo muy bien. Desde niñas nos habíamos reído de Buscaujeros. Era el enterrador del pueblo. Parecía que había estado allí desde siempre, a las puertas del cementerio, observándonos y preguntándose quién sería el siguiente en visitarlo. Como buen enterrador, tenía un aspecto físico deteriorado, y su alcoholismo tampoco contribuía a mejorar su reputación.

Nosotras pasamos de tenerle un miedo atroz, cuando niñas, a convertirlo en protagonista de nuestras bufas en la adolescencia. Azuzábamos a los chicos para que demostraran su valor y les incitábamos a que fueran a fastidiarle.

Tomábamos la mínima información que tuviéramos de él para gastarle bromas. Como aquella vez que nos enteramos de que Buscaujeros siempre cogía todas sus vacaciones a partir del dos de enero. Por si acaso. Por si acaso le llegaba la muerte durante el año, ya tener todas las vacaciones cogidas. Parecía que a pesar de tratar mucho con ella, la parca no tuvo con él el gesto de decirle su día. Le recibíamos de su descanso con pintadas de burla en las paredes.

Aquel año decidimos hacerle una broma el 31 de octubre, víspera de Todos los Santos. Sabíamos que este día Buscaujeros

salía tarde del cementerio porque se esmeraba en dejarlo impoluto. El uno de noviembre era su día. Lo vivía como si invitara a todos los vecinos a una fiesta en su casa y agradeciera todos y cada uno de los cumplidos que estos le hacían ante el buen estado del recinto.

Decidimos escondernos detrás de dos mausoleos. Íbamos Marta, nuestros tres amigos de clase y yo. Estábamos vestidos para la ocasión. Habíamos dicho en casa que íbamos a una fiesta de Halloween y nos dejaron salir ataviados de cualquier manera.

Pero lo teníamos todo pensado. No iríamos ni de zombis ni de brujas. Iríamos vestidos como algunos de nuestros antiguos vecinos difuntos. Nos esconderíamos detrás de sus tumbas y nos dirigiríamos a Buscaujeros por su nombre.

Yo me había disfrazado de Lolita Demonio, la vieja maestra de escuela que se vanagloriaba de conseguir que sus alumnos estudiaran a base de amenazarlos con una aguja de coser. Marta se había disfrazado de María Melalía, la última supuesta madame de la única casa de citas que hubo nunca en el pueblo. Las dos habían muerto en los últimos diez años, y aunque nosotras apenas nos acordáramos de ellas, habían dejado un fuerte recuerdo entre los habitantes de la villa, y nuestros familiares nos habían transmitido sus figuras.

Yo llevaba una aguja de coser, y Marta se había puesto unos largos guantes rojos que fueron en vida el atributo típico de María Melalía.

Los chicos se vistieron los tres con sendos trajes antiguos que habían cogido a sus padres. Se habían puesto todos grandes bigotes, como los que estuvieron de moda hacía pocos años, pero ninguno estaba tan genuino como nosotras.

El reloj de la iglesia dio las nueve y media de la noche. Queríamos hacer la broma antes de las diez, ya que era la hora de cierre del cementerio. La semana anterior se había cambiado la hora, y ahora, a las nueve y media, ya era noche cerrada.

Buscaujeros estaba terminando de cambiar las velas de la pequeña sacristía. Soplabla el viento. Pero este no traía ningún sonido, era mudo.

Nos habíamos repartido los difuntos del pueblo de manera que nuestras tumbas estuvieran cerca las unas de las otras. En el fondo de cada uno de nosotros había un atisbo de miedo producido por la incógnita de cómo podía reaccionar Buscaujeros, y por si acaso queríamos permanecer juntos.

El viejo enterrador salió de la pequeña capilla. Fuimos corriendo a escondernos detrás de la tumba de cada elegido. Buscaujeros tenía que pasar por allí, ya que era una calle que se orientaba hacia la salida.

Le teníamos a pocos metros. Marta, que siempre ha sido la más brava de todos nosotros, se levantó y comenzó a hablarle:

—Hola, Arturo. —No se atrevió a llamarle por su mote, Buscaujeros—. ¿Qué tal estás hoy?, ¿trabajando duro, como cada víspera de santos?

El silencio se adueñó del lugar durante unos segundos. Nosotros esperábamos gritos, sudores y terror por parte de Buscaujeros, pero este solamente la miraba con cierta curiosidad.

—Hola, María, qué rara te veo hoy —dijo—, y qué extraño que te me aparezcas una víspera de todos los santos, con lo que te gusta prepararte para el día grande, que es cuando te vienen a visitar tus antiguos clientes...

Marta palideció. No se atrevía a moverse. Tuve que intervenir. Me levanté y le dije:

—Buenas noches, Buscaujeros, ¿ya has hecho la limpieza anual de tumbas?

El enterrador me miró ciertamente turbado.

—Lolita Demonio, qué raro verte así, con tu querida aguja... ¿no decías que nunca más te ibas a aparecer con ella? ¿Que la gente solamente se fijaba en ella y que ciertamente ya habían olvidado tu cara? Las mujeres estáis locas...

Los chicos no se atrevieron a moverse. Estaban acurrucados y temblando de miedo detrás de sus tumbas.

Nosotras nos quedamos petrificadas. Buscaujeros nos estaba hablando en serio o se había vuelto loco. O quizás las trastornadas éramos nosotras.

Buscaujeros comenzó a silbar y prosiguió su camino. Salió del cementerio y cerró la puerta a su espalda.

Estuvimos varios minutos mirándonos sin saber qué decir. No me acuerdo quién fue el primero que se movió, solo recuerdo que todos caminamos hacia la tapia sur, la más baja, para huir del cementerio como alma que lleva el diablo.

(OUT)

Rematadamente mal me ha salido esta última jugada en mi vida. He estudiado, he amado, he sido alguien en mi deporte y he conseguido varios títulos. Pero quería más. Y este más no me lo podían proporcionar las canchas. Ya estaba, deportivamente hablando, prácticamente retirado pero quería vivir mejor.